

UC Merced

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World

Title

Notas en torno a tres crónicas eclesiásticas hispanofilipinas del siglo XVIII

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/07f2r65w>

Journal

TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World, 4(1)

ISSN

2154-1353

Author

Mojarro Romero, Jorge

Publication Date

2014

DOI

10.5070/T441024420

Copyright Information

Copyright 2014 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Notas en torno a tres crónicas eclesiásticas hispanofilipinas del siglo XVIII

JORGE MOJARRO ROMERO
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

El siglo dieciocho en el archipiélago filipino se encuentra encajado en un período de relativo vacío historiográfico mucho más amplio que va desde 1648, fecha en que España y Holanda firman el Tratado de Múnster que propició la desaparición de los barcos holandeses en las proximidades de Luzón, y 1860, año en el que la figura del padre Pedro Peláez preanuncia la conciencia de una identidad filipina.¹ Esta desatención investigadora no se explica precisamente por la falta de eventos: el siglo XVIII, visto tradicionalmente como un período de lánguida estabilidad, fue sin embargo el siglo de oro de lo que se denominó “piratería malayo-mahometana”, asistió a la expansión de las órdenes religiosas en regiones apartadas de Bisayas, las costas de Mindanao, Cagayán, Nueva Vizcaya o Aurora, la insuficientemente estudiada ocupación inglesa de Manila (1762-1764), varias revueltas filipinas² y el impulso renovador de varias iniciativas ilustradas y liberales de mano de gobernadores como José Basco y Vargas (1778-1787) u obispos como Basilio Sancho de Santa Justa y Rufina (1767-1787). Muchas son las cuestiones y circunstancias que quedan por dilucidar en un siglo clave para la configuración de la nación filipina y cuyos entresijos y detalles aún no han despertado suficientemente el interés de los investigadores.

Desde el punto de vista de los estudios literarios, muy pocos han sido quienes se han acercado a los libros y folletos impresos durante el siglo XVIII, excepción hecha de bibliógrafos³ y algún que otro investigador contemporáneo—como I. Donoso o D. Irving—, algo que se explica por el deliberado desinterés por toda la literatura hispanofilipina en la crítica literaria filipina, a excepción de la lectura estrictamente nacionalista que se viene realizando sobre la obra novelística de José Rizal.

En lo que se refiere a la cultura literaria impresa, carecemos de un análisis de las obras dieciochescas filipinas que constituyen el corpus de cien años de literatura hispanofilipina colonial, análisis que nos permitiría esbozar algunas hipótesis acerca de las posibilidades de creación literaria en un entorno no sólo geográficamente distante de

cualquier centro de cultura de corte europeo, con sus imprentas y universidades, sino también socialmente reacio al cultivo de las letras de imaginación, aspectos ambos que deben ser tenidos en cuenta en la lectura y el análisis de cualquier obra publicada antes de 1898 en Filipinas. En este sentido, el estudio genérico y más bien panorámico de un ramillete de obras impresas en Manila entre 1733 y 1749 puede ser lo suficientemente iluminador como para hacernos una idea cabal del funcionamiento del sistema literario en un contexto colonial periférico y de férrea censura religiosa. Por esta razón, elidiremos deliberadamente de esta clasificación obras que no son literarias bajo casi ningún aspecto como los numerosos y excelentes trabajos lingüísticos (gramáticas y vocabularios), documentos, bandos, edictos e informes legales referentes a polémicas circunstanciales, literatura estrictamente religiosa (catecismos, novenas, sermones, devocionarios), estatutos de las órdenes, manuales de urbanismo o geografía, y guías para párrocos.

De especial importancia para el desarrollo de la cultura impresa en el archipiélago fue el establecimiento de la imprenta de los franciscanos que, junto a la de los dominicos y los jesuitas, constituían las tres únicas imprentas del archipiélago durante el siglo XVIII. Curiosamente, los mejores impresos filipinos vieron la luz bajo los auspicios de la orden seráfica. Así, en 1736 vio la luz en la imprenta de Sampaloc una colección de relatos históricos milagrosos firmados por el franciscano Miguel de San Bernardo: *El Serafín Custodio*, que conoció la fortuna de reeditarse en dos ocasiones, en 1785 y 1854. En 1740 la misma imprenta publicó la colección poemática más original y variada de cuantas han visto la luz en el archipiélago: *Academia Devota*, del oidor de Nueva España Pedro Núñez de Villavicencio. En 1733, 1742, 1743 y 1749 se publicaron libros misceláneos de fiestas, obras originalísimas en las que se incluían sermones, grabados, poemas lúdicos y una narración de las celebraciones que deben ser leídas con detenimiento para construir una idea cabal de la constitución social de la época y las relaciones entre las distintas clases.⁴ Otro franciscano, Blas de Santa María de Plasencia, publicó en 1741 una voluminosa biografía de San Antonio de Padua escrita con cierto desparpajo novelístico: *Vida, milagros y novenas del glorioso S. Antonio de Padua...*

En cuanto a las narraciones de martirios, el cronista dominico Vicente de Salazar publicó en 1746 la *Relación de el martyrio de los VV. PP. Y Siervos de Dios Fr. Francisco Gil de Federich y Fr. Matheo Alonso Leziniana...*, que mereció una segunda edición española dos años después, y en 1748 se publicó la primera edición de una obra tan espectacular que mereció innumerables reediciones hasta fines del siglo XIX: *La cristiandad de Fogan en la Provincia de Fokien*, el relato en primera persona de las persecuciones y sufrimientos de los

misioneros dominicos en China escritos por voz de uno de los propios mártires antes de ser ajusticiado.

Si nos referimos a las relaciones de sucesos, hasta cinco se publicaron en las fechas indicadas: panfletos de entre seis y cuarenta páginas que daban noticia de las guerras sostenidas con los moros del sur, de cualquier evento metereológico o de carácter milagroso, o de las penetraciones de los misioneros en tierras habitadas por tribus apenas contactadas.⁵ Las relaciones de sucesos constituyen el precedente más inmediato de la escritura periodística que aparecerá durante el siglo siguiente.

La lista de obras podría ampliarse⁶ pero el corpus seleccionado es suficientemente representativo de la producción de una respetable cantidad de libros impresos, la mayoría de ellos englobables bajo el marbete de la literatura misionera, que han sido prácticamente olvidados. Todas ellas, algunas de una gran rareza, son joyas literarias que merecen el honor del estudio y el análisis por lo que pueden aportar no sólo en el campo de la literatura hispanofilipina colonial, sino en la sociología de la literatura, la historia de la imprenta, la historia de la misiones, la etnohistoria, la estilística y la evolución de los géneros literarios. En efecto, las obras seleccionadas pueden clasificarse en géneros todos que denotan la omnipresencia del estamento religioso en el proceso de producción cultural: relaciones de sucesos, martirologios, narraciones hagiográficas, diálogos, ensayos, libros de festejos y poemarios, algo que, por otro lado, no debiera extrañarnos, ya que eran las órdenes religiosas quienes poseían las imprentas. El presente trabajo presenta algunas someras indicaciones acerca de un género que no hemos mencionado y que por sus cualidades merece una atención especial: la historia eclesiástica.⁷

Las órdenes religiosas contemplaban en sus estatutos la redacción de crónicas que dieran cuenta de las acciones de la orden en las provincias donde hacían misión, anunciaran al público letrado y a las jerarquías eclesiásticas en España y Roma los avances realizados en la propagación de la fe y ensalzaran la labor de los miembros más preclaros de cada corporación, especialmente si eran mártires que pudieran glorificar la orden con una beatificación o una canonización. El cargo de cronista era, pues, una responsabilidad para la que se designaba generalmente al miembro de la orden con más aptitudes para el estudio y la escritura. El resultado de su trabajo era una obra que debía tener los rasgos de un monumento legado a la posteridad: una organización rigurosa (generalmente las crónicas se dividían en períodos cronológicos y regiones geográficas), un estilo elevado y alejado de toda vulgaridad, una profusión de referencias cultas—

eneralmente extraídas de la Biblia como referente de comparación, aunque también autores clásicos—y una cuidada selección y elaboración del material narrativo.

Los potenciales lectores de estas obras enciclopédicas se describen en el sustancioso “Sentir” prologal que el propio Murillo Velarde escribió en el primer tomo de las *Chronicas* franciscanas:

Finalmente la obra es útil y provechosa para la común edificación de los fieles, para gloria de la Religión Seráfica, para singular lustre de esta Provincia, para aliento a los religiosos, que aquí tan gloriosamente trabajan, para exhortación eficaz a los fervorosos de Europa, para emulación santa a las demás religiones, para ejemplo a los seglares, para confusión de los tibios, para diversión fructuosa de los curiosos, para enseñanza útil de los eruditos, y para singular elogio de su autor (San Francisco I, 1738, s. p.)

El mismo Murillo Velarde, en ese mismo sentir, no duda en comparar el trabajo del cronista franciscano con el de otros historiadores de Indias, como Bernal Díaz del Castillo o Antonio de Herrera, con lo que el jesuita almeriense ubica las crónicas filipinas dentro de una órbita de libros que tratan de glorificar la conquista material y espiritual, como se solía decir entonces, de “las nuevas tierras descubiertas”. Los autores de las crónicas, pues, eran conscientes de estar realizando su trabajo en el seno de una rica tradición historiográfica en la que se competía con nombres preclaros: la publicación de la obra aspiraba a codearse en renombre y fama (para el autor y para la orden) con las de los cronistas de América. La riqueza de contenidos de las historias eclesiásticas desbordaba, pues, la inicial intención propagandística de las heroicas labores de evangelización para la cual se llevaban a cabo.

Durante el breve período que nos hemos acotado, surgieron tres voluminosas historias eclesiásticas: la primera de los franciscanos, las *Crónicas* de Juan Francisco de San Antonio (1738-44);⁸ la tercera de los dominicos, la *Historia* de Vicente de Salazar (1742), y la segunda de los jesuitas, la *Historia* de Murillo Velarde (1749). La historia franciscana es especialmente relevante por ser una obra relativamente tardía. La orden seráfica fue la última en presentar la crónica de su provincia, y, por ello, su historia es la más voluminosa al tratar de abarcar un período histórico más amplio. La obra magna del padre San Antonio, de cuya vida poco sabemos, se benefició del trabajo de algunos cronistas anteriores con menos fortuna editorial. Así pues, en lo referente a la crítica textual, para conocer en qué grado el erudito franciscano participó en la redacción de la obra queda por realizar un estudio filológico comparativo de los diversos trabajos de los cronistas franciscanos que le precedieron, cuyos manuscritos, como él mismo confiesa en

el prólogo, aprovechó, corrigió, rehizo y amplió hasta dar lugar a una obra totalmente refundida y propia: Antonio de la Llave y Francisco de Santa Inés principalmente, aunque también Agustín de Tordesillas,⁹ Martín Ignacio de Loyola, , Marcelo de Ribadeneira,¹⁰ Juan Bautista de Puga, Domingo de San Lorenzo y Domingo Martínez¹¹ son autores de cuya obra se nutren las *Crónicas*. Un análisis superficial parece indicar que el plan inicial lo tomó de los primeros cronistas y que expandió cuanto pudo la obra de propia mano, incluso tomando datos de su propia experiencia.

El libro primero es especialmente interesante por la profusión de detalles y digresiones en primera persona con que lo adorna, dedicado a la descripción física y geográfica del territorio siguiendo el modelo del libro primero de la *Historia de los hechos de los castellanos...* (1601) de Antonio de Herrera, la *Historia natural y moral de las Indias* (1590) del padre Acosta o del pionero *Sumario de la historia natural de las Indias* (1526) de Fernández de Oviedo. La inserción del larguísimo primer libro, que bien podría separarse del resto de la obra y leerse independientemente, está dedicado a la descripción de los animales, plantas, ríos, minerales y volcanes: la naturaleza filipina. Pero no sólo: San Antonio discute, incluyendo criterios divinos--pero también científicos—la formación geológica y el nombre del archipiélago; enumera las características más sobresalientes de cada provincia añadiendo innumerables datos curiosos; esboza una etnohistoria de los habitantes del archipiélago, comentando pormenorizadamente su origen, religión, lenguas y costumbres y, por último, da cuenta de la organización eclesiástica del archipiélago.

El cronista franciscano podría muy bien haber comenzado su crónica con la llegada de la primera barcada de franciscanos en 1576, pero varias razones debieron moverlo a incluir toda esta información ajena, en principio, a los propósitos de una historia eclesiástica: en primer lugar, su existencia en los manuscritos de los primeros cronistas franciscanos que, como solía ocurrir con los pioneros de la metrópoli en tierras extrañas, se apresuraban a realizar un informe descriptivo de la nueva realidad a la que se enfrentaban.¹² En segundo lugar, uno de los propósitos de las crónicas era ensalzar las virtudes del lugar para animar a nuevos misioneros a llegar a las islas más remotas del imperio, ya que las órdenes mendicantes nunca estuvieron sobradas de personal. También debe tenerse en cuenta que una descripción del estado del archipiélago a la llegada de los españoles realzaba por contraste la labor civilizadora y salvadora llevada a cabo por las corporaciones religiosas y el gobierno civil. En este sentido, el libro segundo también incide en aspectos que exceden los límites de la mera crónica religiosa: retrotrae la prehistoria de la conquista de Filipinas al descubrimiento de América y justifica

mediante largos argumentos la legalidad y la necesidad de la presencia española en las nuevas tierras, así como los beneficios y provechos que los indígenas han obtenido gracias a la salvadora adopción de la fe cristiana.

A pesar de lo que se acaba de indicar, quizá la razón más determinante para la inclusión de este compendio de conocimientos acerca del archipiélago al frente de las *Chronicas* fue el mero prurito de saber: la placentera satisfacción de la curiosidad intelectual. En el franciscano madrileño aparece por vez primera en Filipinas el espíritu crítico enciclopédico encaminado a la acumulación de conocimientos útiles que encontrará su mejor ejecución en los diez volúmenes de la *Geographia Historica* (1752) del padre Murillo Velarde¹³ y los catorce volúmenes de la *Historia General de Philipinas* (1788-1792) del recoleto Juan de la Concepción, obras ambas merecedoras de estudio y reedición. La crónica dominica del padre Salazar, por el contrario, restringe su arco temporal a treinta y dos años, elide casi cualquier información que no esté relacionada estrictamente con la labor de los miembros de su orden y entronca explícitamente con la obra cronística de sus dos antecesores.¹⁴ Aunque no es tan rica en el relato de eventos políticos, una lectura desprejuiciada de esta crónica encontrará en ella rasgos indudablemente literarios. El más principal de ellos es la inserción continua de pequeñas historias.

Un ejemplo bastante ilustrador lo constituye el capítulo II del libro II, titulado “De la reducción de los Indios Mandayas a nuestra Santa Fé”¹⁵ que narra las aventuras del misionero Pedro Jiménez en sus esfuerzos por implantar la fe católica entre los indígenas de Apayao.¹⁶ En un estilo relativamente sencillo, sin aspavientos retóricos y, basándose siempre en documentos fidedignos como las cartas del propio misionero¹⁷ o las Actas del Capítulo Provincial de 1686, se nos enlazan diferentes episodios de un relato más amplio en el que inevitablemente el lugar del héroe bienaventurado está destinado al denodado dominico. Una de esos pequeños sub-relatos es el de un indio apóstata llamado Diego Biguan, líder tribal cuyos repetidos ataques estaban causando serios problemas a los cristianos de Fotol. La mera llegada del padre Jiménez y su sola presencia, de acuerdo con la narración de Salazar, bastaron para pacificar al rebelde, reconvertirlo a la fe católica y reconducir su liderazgo para negociar tratados de paz y convertir a un gran número de infieles antes de su muerte. Otro episodio narra la arriesgada visita de Pedro Jiménez a Calatug, pueblo no cristianizado y violento, sin protección alguna, y el éxito que tuvo entre sus habitantes durante las dos semanas que permaneció allí. La distancia entre lo que realmente ocurrió y lo que se nos cuenta es una

tarea tantálica y de difícil solución, a pesar de las repetidas expresiones de verosimilitud del cronista Salazar. Lo que sí es verdaderamente interesante es la visión católica, más bien divinizante, que impregna toda la relación, donde todos los personajes –incluso los indígenas, calificados numerosas veces de traicioneros y salvajes– son buenos por naturaleza y cuyas malas acciones son obras llevadas a cabo por el demonio, siempre atento a poner obstáculos a la expansión de la fe. Tanto el gobernador de Fotal, como los soldados, los indígenas cristianizados, o los infieles remontados reacios a aceptar la fe, son seres empequeñecidos ante la voluntad divina y la figura sobresaliente del misionero, cuyo heroísmo, sagacidad, paciencia e incansable entrega a la causa misionera constituye el eje de la narración. Lejos de ser una reelaboración inocente a partir de unas fuentes, el cronista ejecuta una narración donde las estrategias propias de las obras de ficción son más evidentes que las técnicas propias del discurso historiográfico, donde importa tanto lo que se cuenta como lo que se omite, y donde impera sobre todo un modo particular de relatar una copiosa serie de acontecimientos.

La *Historia* del padre Murillo Velarde, por su parte, continuó el trabajo comenzado por el padre Francisco Colín,¹⁸ aunque difiere en muchos aspectos de la crónica de su predecesor. Un vistazo al índice basta para ver el ordenado plan con el que construyó su obra: cuatro libros dedicados, respectivamente, al progreso de la provincia hasta 1634, a las vicisitudes de los jesuitas en Mindanao y Joló, al progreso de la provincia hasta 1653, y a los intentos de expansión de la provincia en las Marianas, Carolinas y Palaos, hasta 1716. El jesuita almeriense no toma como referencia de la crónica los eventos religiosos de la Provincia, sino la vida política y civil de Filipinas donde aquéllos se insertan e imbrican profusamente. De hecho, uno de los aspectos más reveladores de esta crónica es la gran cantidad de eventos no religiosos de los que da cuenta y la toma de partido en favor y en contra de determinados personajes históricos, como en el ejemplo de los elogios desmedidos hacia el gobernador Domingo Zabalburu (1701-09) frente al fustigamiento, no sin gracia, contra otro gobernador posterior, José Torralba (1715-1717):

Y quiso Dios ponerle la mano aún en esta vida por causas públicas, con prisiones, destierros, multas, embargos, y mil miserias, que padeció hasta la muerte. En una hamaca le llevaron dos Negros a S. Juan de Dios, donde le enterraron en limosna, año de 1736. Estupendo desengaño, para la altivez, y vanidad! y sin duda fuera eficazísima su memoria, si la vistosa apariencia de lo presente, no quitara el horror a las miserias futuras. (Murillo Velarde, IV, 383)

El capítulo XXIII del libro IV da cuenta de la historia del primer contacto entre europeos y los habitantes de algunas islas del Pacífico: “Noticia de los Palaos, Carolinas,

en cuya empresa mueren varios sugetos de la Compañía...” Narra, por un lado, las varias llegadas fortuitas de habitantes de Palaos a Sámar y los vanos esfuerzos por parte de los miembros de la Compañía y el gobierno civil por colonizar y evangelizar las islas, para después centrarse en la figura del padre Cantova, mártir de las Carolinas. Siguiendo un estricto orden cronológico, Murillo Velarde no desaprovecha la oportunidad para ensalzar a todo jesuita involucrado en los eventos. Aunque se nos confiese que el padre Cantova murió debido al exceso de celo y a la imprudente y agresiva estrategia con que quería erradicar las creencias de los carolinos, el cronista exculpa de todo error al misionero italiano y lo explica como una consecuencia de los ‘designios inescrutables del Altísimo’. Las dificultades, los contratiempos y los sufrimientos a los que son sometidos los misioneros una y otra vez vienen a realzar el heroísmo de la empresa evangelizadora:

Después de tan repetidas desgracias, parece que había de entibiarse la solicitud de esta empresa, o por arriesgada, o por imposible: pero no fue así, pues nunca desmayó el fervor en la Provincia, aun a vista de las mayores dificultades y peligros. Y no sólo se hallaban los individuos con pronto ánimo, para la conquista, sino que con tesón constante vencieron en Manila las sumas dificultades, que se ofrecen en empresas, que dependen de diversas, y aun contrarias voluntades. (Murillo Velarde, IV, 380)

Al contrario que el padre Salazar, Murillo Velarde prefiere la inserción de transcripciones de documentos originales a la paráfrasis resumida, como marca indudable de la veracidad y la objetividad de su historia: una cédula real, una relación anónima del viaje a Palaos, una relación del viaje del jesuita Baduin a las Palaos y una carta del propio Juan Antonio Cantova escrita días antes de morir, sirven al cronista para dar valor a unas noticias de las que se hacía público anuncio por vez primera.

Sin aspavientos retóricos, rigurosa en los datos, salpicando la narración de oportunas citas eruditas y sentencias del refranero popular, la *Historia* del padre Murillo Velarde es una obra riquísima que desborda el interés supuestamente historiográfico o meramente eclesiástico que, en principio, pudiera tener. En este sentido, compite no sólo con las historias del padre San Antonio y el padre Salazar, sino con todas las historias eclesiásticas, insuficientemente leídas y la mayoría jamás reeditadas, que se escribieron a lo largo de la presencia española en el archipiélago porque, más allá de la anécdota histórica o de la propaganda misionera, las crónicas eclesiásticas del siglo XVIII despliegan un llamativo discurso historiográfico de apropiación de las Filipinas, a modo de soberbio palimpsesto, en el que el indígena filipino ya no aparece descrito con unos tintes tan atractivos como en los primeros tiempos de las colonización. Los cronistas ficcionalizan e imponen una visión muy particular—evangélica y política— de la realidad

filipina en la que abundan recursos narrativos de todo tipo. Urge, pues, y este era el propósito de las breves notas aquí apuntadas, una relectura, un estudio detallado y una reedición cuidadosa de estas valiosas obras dieciochescas, largamente desatendidas.

Notas

¹ La desaparición de las naves holandesas que constantemente hostigaban las costas de Luzón supuso el inicio de un relativo período de paz que alivió a los indígenas filipinos de los ingentes trabajos a los que se les sometía para la construcción de barcos y armas. Para la significación de Peláez, véase Blanco Andrés.

² Léase el animado relato titulado *Relación de los alzamientos de la ciudad de Vigán* de Pedro del Vivar.

³ Véanse Medina; Pardo de Tavera; Pérez-Güemes; Retana; Jose.

⁴ Me refiero a *Llanto de los astros en el ocaso del Sol Nuestro Smo. Padre Benedicto XIII...* (Manila: Convento de Nuestra Señora de los Ángeles, 1733); Diego Sáenz: *Festivas expresiones, aplausos celebres, y sagrados triumphos...*, (Sampaloc: Convento de Nuestra Señora de Loreto, 1742); *Sagrados triumphos, celebres expresiones, y festivos aplausos, con que la Santa Provincia del Santissimo Rosario del Sagrado Orden de Predicadores...* (Sampaloc: Convento de Nuestra Señora de Loreto, 1743); *Relación de las expresivas demostraciones de las mas fina Lealtad...* (Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús, 1749).

⁵ *Relacion de los sucessos de Mindanao...* (Manila: Convento de Nuestra Señora de los Angeles, 1734); *Relación autentica de un insigne milagro sucedido en un pueblo de las islas filipinas...* (Manila, 1735); *Breve relación y felizes progressos de los Religiosos del Sagrado Orden de Predicadores de las Islas Philipinas, en la Conquista espiritual y reducción de los Gentiles de la Provincia de Paniqui...* (Manila: Colegio y Universidad de Santo Tomás, 1739); Manuel del Río: *Relación de los Sucessos de la Mission Santa Cruz de Ituy en la Provincia de Paniqui* (Manila: Imprenta de la Universidad de Santo Tomás, 1739); Bernardo Ustáriz: *Relación de los Sucessos, y progressos de la Mission de Santa Cruz de Paniqui...* (s.l., 1745); Otras dos interesantes relaciones que se publicaron fueron del arco temporal propuesto son: *Relacion del descubrimiento, y entrada de los Religiosos de N. S. P. S. Francisco de la Apostolica Provincia de S. Gregorio de las Islas Philipinas en los Pueblos, o Rancherías de los Montes altos de Baler...* (Sampaloc, 1754) y *Relación de la valerosa defensa de los Naturales Bisayas del Pueblo de Palompong en la Ysla de Leyte...* (Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús, 1754).

⁶ Por ejemplo, con una obra tan original como la sátira *Dialogo Mixti Fori* (1734), o el interesante diálogo titulado *Disertacion historico-politica en que se trata de la extension de el Mahometismo en las Islas Philipinas* (1736), en el que el franciscano José Torrubia historia compendiosamente la piratería mora, defiende con argumentos el mantenimiento del fuerte militar en Zamboanga y aduce el modo en que podrían pagarse los costes de dicho destacamento. La obra se reeditó, con un leve cambio en el título y una breve introducción, en Madrid en 1752.

⁷ El estudio de todas estas obras es un trabajo en curso del cual este artículo constituye un primer avance.

⁸ San Antonio, 1738-44. El primer volumen vio la luz en 1738, el segundo en 1741 y el tercero en 1744. Se tradujo la primera parte del primer volumen al inglés: *The Philippine Chronicles of fray San Antonio* (Manila: Historical Conservation Society, 1977).

⁹ Tordesillas es el Autor del *Relación de el viaje que hezimos en china nuestro hermano fray Pedro de Alpharo con otros tres frailes de la orden de Nuestro seraphico padre san francisco de la pronincia de san Joseph...*, (1578), accesible a través de: <http://www.upf.edu/asia/projectes/che/s16/tordes.htm> [10/4/2014]. Sobre los atrevidos intentos de los franciscanos por entrar a evangelizar en China, (Pérez 1916).

¹⁰ Autor de la *Historia de las Islas del Archipiélago y Reynos de la Gran China, Tartaria, Cuchinchina, Malaca, Sian, Camboxa y Xapon*. A pesar del indudable interés de esta crónica, no se propone como una historia de la Provincia de San Gregorio Magno, sino de la presencia franciscana en el sudeste asiático, y como una reivindicación de los primeros mártires franciscanos en Japón.

¹¹ La crónica de De La Llave permanece inédita el Archivo Franciscano Ibero-Oriental de Madrid. La crónica de Puga se conserva en AFIO (Madrid), mientras que la de Salazar se ha perdido. Agradezco al padre Cayetano Sánchez, archivero del AFIO, este dato. El padre Martínez publicó póstumamente su *Compendio Historico, de la Apostolica Provincia de San Gregorio de Philipinas de religiosos menores descalzados de N. P. San Francisco...* Parece deducirse que la razón de su publicación fue la excesiva prolijidad de la obra de San Francisco.

¹² Para el ámbito filipino, las aportaciones etnográficas de Miguel de Luarca (o Loarca) en su *Tractado de las Yslas Philipinas* (1582), los trabajos seminales del padre Juan de Plasencia, los *Sucesos de las Islas Philipinas* (1606) de Antonio de Morga y el Códice Boxer, son fundamentales.

¹³ Precisamente el capítulo IX del libro octavo de esta obra contiene un compendio de 76 páginas acerca del archipiélago filipino. Es más que probable que el jesuita almeriense estimara innecesario ahondar en esta obra en una exposición que ya había realizado el padre San Antonio con tan buen tino, ya que dedica muchas más páginas a regiones del planeta que no conocía de primera mano.

¹⁴ Diego de Aduarte: *Historia de la provincia de Sancto Rosario de la Orden de Predicadores en Philippinas, Japón y China* (Manila: Colegio de Sancto Tomás, 1640) y Baltasar de Santa Cruz: *Tomo Segundo de la Historia de la Provincia del Santo Rosario de Filipinas, Iapon y China del Sagrado Orden de Predicadores* (Zaragoza: Pasqual Bueno, 1693). De la primera obra existe edición moderna a cargo del padre Merino (Madrid: CSIC, 1963).

¹⁵ Salazar 384-97.

¹⁶ Pedro Jiménez nació en Las Casas del Conde (Salamanca) en 1642 y llegó a Filipinas, tras haber pasado por México. Llegó a Filipinas en 1666, donde trabajó primeramente en la misión de los irrayas (Cabagan, Isabela), en Islas Babuyanes y Malauég (Cagayán), hasta que fue transferido a Fotel, donde pasó los últimos años de su vida (Neira: 208). Los españoles los denominaban “Mandayas”, aunque hoy el nombre más utilizado es el de “Isneg”.

¹⁷ Quizás no sean cartas, sino un informe escrito por el propio padre titulado “Relación del principio de la Misión de los Mandayas”, conservado en el Archivo de los Dominicos en Ávila.

¹⁸ La primera crónica jesuita de Filipinas la publicó Pedro Chirino en 1604: *Relacion de las Islas Philipinas y de lo que han trabajado en ellas los Padres de la Compañía de Jesús* (Roma: Esteban Paulino. Existe una edición moderna: Manila: D. Esteban Balbás, 1890). El padre Chirino, sin embargo, siguió escribiendo y ampliando esta historia hasta su muerte, quedando inédito el manuscrito hasta su reciente edición: *Història de la Província de Filipines de la Companyia de Jesús* (Barcelona: Pòrtic, 2000). Este manuscrito fue aprovechado y ampliado por el padre Francisco Colín en la que fue, por fin la primera historia jesuita de Filipinas: *Labor Evangelica, ministerios apostolicos de los obreros de la Comp. De Jesús...* (Madrid: José Fernández de Buendía, 1663. Existe una excelente y muy erudita edición, repleta de notas y transcripciones de documentos, a cargo de Pablo Pastells en 3 tomos: Barcelona: Heinrich y Comp., 1900-02).

Bibliografía

- Blanco Andrés, Roberto. “Pedro Pélaez, líder del clero filipino”. *Hispania Sacra* 63.128 (2011): 747-82. Impreso.
- Descalzo Yuste, Eduardo. “Las crónicas jesuitas de Filipinas en el siglo XVIII: Pedro Murillo Velarde”. Ed. Eliseo Serrano. *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en historia moderna*. Madrid: Institución “Fernando el Católico”, 2013. 233-48. Impreso.
- Díaz de la Guardia, Luis. “Datos para una biografía del jurista Pedro Murillo Velarde”, *Espacio, tiempo y forma (Serie IV, Historia Moderna)* 14 (2001): 407-72. Impreso.
- Donoso, Isaac: “El Barroco filipino”, en Ídem, *Historia cultural de la lengua española en Filipinas: ayer y hoy*. Madrid: Verbum, 2013. 85-146. Impreso.
- Irving, D. R. M. *Colonial Counterpoint. Music in Early Modern Manila*. Nueva York: Oxford University Press, 2010. Impreso.
- José, Regalado Trota. *Impresso: Filipino Imprints, 1593-1811*. Makati: Fundación Santiago, 1993. Impreso.
- Medina, José Toribio. *La imprenta en Manila desde sus orígenes hasta 1810*. Santiago de Chile, 1896. Impreso.
- Murillo Velarde, Pedro. *Historia de la Provincia de Philipinas de la Compañía de Jesus. Segunda parte, que comprehende los progresos de la provincia desde el año de 1616 hasta el año de 1716*. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús, 1749. Impreso.
- Neira, Eladio, e Hilario Ocio, OP. *Misioneros Dominicanos en el Extremo Oriente*. 2 vols. Manila: Orientalia Dominicana, 2000. Impreso.
- Pardo de Tavera, T.H. *Bibliotheca Filipina*. Washington: Government Printing Office, 1903. Impreso.
- Pérez, Ángel, OSA, y Cecilio Güemes, OSA. *Adiciones y continuación de “La imprenta en Manila” de Don José Toribio Medina*. Manila: Imprenta de Santos y Bernal, 1904.
- Retana, Wenceslao E. *Aparato bibliográfico de la historia general de Filipinas*. 3 vols. Manila: Pedro B. Ayuda y Compañía, 1964 [1905]. Impreso.
- Ribadeneira, Marcelo de, OFM. *Historia de las Islas del Archipiélago y Reynos de la Gran China, Tartaria, Cuchinchina, Malaca, Sian, Camboxa y Xapon*. Roma: Nicolás Murcio, 1599. Impreso.
- Salazar, Vicente de, OP. *Historia de la Provincia del Santissimo Rosario de Philipinas, China, y Tvnking, de el Sagrado Orden de Predicadores. Tercer parte, en que se tratan los sucesos de dicha provincia desde el año de 1669, hasta el de 1700*. Manila: Imprenta del Colegio y Universidad de Santo Tomás, 1742. Impreso.
- Santa Inés, Francisco de. *Crónica de la Provincia de San Gregorio Magno de religiosos descalzos de N. S. P. San Francisco, en las Islas Filipinas, China, Japón, etc.* 2 vols. Manila: Tipo-Litografía de Chofre y Comp., 1892. Impreso.
- San Antonio, Juan Francisco de, OFM. *Chronicas de la Apostolica Provincia de San Gregorio de Religiosos Descalzos de N. S. P. S. Francisco en las Islas Philipinas, China, Japon, & c...* 3 vols. Sampaloc: Convento de Nuestra Señora de Loreto, 1738-44. Impreso.
- Scott, William Henry. *The discovery of the Igorots*. Quezon City: New Day Publishers, 2006. Impreso.
- Vivar, Pedro del, OSA. *Relación de los alzamientos de la ciudad de Vigán*. Manila: Biblioteca Histórica Filipina, 1893. Impreso.